

crystal, y haciéndola guardar por un genio celoso, llega con frecuencia á pegársela á quien quiere. Los Orientales, que por instinto son muy psicólogos, están convencidos de que la naturaleza femenil es traicionera, como la del pájaro, voladora; y queriendo asegurar la pureza de su raza, toman las precauciones que les parecen mejor para tener alguna probabilidad de prevenir los accidentes que temen.

III

EL MATRIMONIO ENTRE LOS ÁRABES

El Corán autoriza á los musulmanes para tomar cuatro esposas legítimas, sin contar un número indeterminado de esclavas; pero los hijos de éstas son tan legítimos como los de aquéllas.

El marido puede anular á su antojo los casamientos; pero tiene la obligación de pensionar debidamente á la mujer repudiada.

Con semejantes facilidades para el matrimonio, y la costumbre que hombres y mujeres siguen de casarse muy jóvenes, se comprende que las costumbres sean mucho más severas que en Europa, y que no sólo ocurra únicamente de vez en cuando que uno galantee á la mujer de otro, sino que esto, que tan natural parece en Europa, parezca allí monstruoso. Como lo manifiesta atinadamente el Dr. Isambert: «No puede decirse que en sus familias haya tan frecuentes disensiones como en las nuestras á causa de mala conducta ó de la infidelidad, las cuales quizá son más desmoralizadoras que la misma poligamia.»

Las mujeres viven en Oriente bajo una vigilancia severa; no recibiendo nunca visitas de hombre alguno, y saliendo siempre veladas. Salvo quizá en Constantinopla, van casi siempre acompañadas, de modo que casi nunca tienen lugar de caer en la tentación; por todo lo cual no debe admirarnos que los Orientales sostengan que sus mujeres son más virtuosas que las nuestras.

La autoridad del padre de familias, tan débil hoy en los pueblos cristianos, ha conservado en Oriente toda su fuerza; de modo que las mujeres no hablan á sus maridos sino con el mayor respeto, cuyo ejemplo siguen, como es natural, los hijos. Así es que allí el padre de familia posee realmente la autoridad y privilegios del de la Roma antigua, y en esto los Orientales no nos tienen ninguna envidia.

El celibato, que es tan frecuente en Occidente, y que según las estadísticas, tiende todavía á serlo más, es muy mal visto entre los Arabes; pues ellos á la edad de veinte años y ellas á la de diez ó doce, se casan por regla general. Ebers reconoce la utilidad de esta costumbre y añade: «No podemos menos de consignar su amor á la familia y á la vida doméstica.»

Además del principio de la poligamia, el matrimonio tiene asimismo en Oriente varias particularidades, que le distinguen muchísimo de lo que es en Europa. Entre la mayor parte de los Occidentales, la mujer está obligada—al menos en las familias acomodadas—á dar con el nombre de dote una cantidad más ó menos considerable para llegar á obtener un marido. Entre los Orientales ocurre lo contrario; pues el varón ha de entregar á la familia de la novia una cantidad que varía, según la importancia de su fortuna (1).

La situación legal de la mujer casada, tal como se halla establecida en el Corán y sus comentaristas, supera en ventajas á la de la mujer europea, pues no sólo recibe dote, sino que conserva la posesión de sus bienes personales, sin estar de ningún modo obligada á contribuir á los gastos de la casa; y si la repudian, ha de recibir lo necesario para subsistir; y si enviuda, vive á costa de la sucesión durante un año, y recibe en herencia una parte de los bienes del difunto.

Además de estos privilegios, la mujer es tratada con el mayor respeto; de lo que resulta para ella un estado, cuyas ventajas han reconocido todos los observadores concienzudos, incluso aquéllos que por razones sentimentales se mostraban enemigos de la poligamia.

De ahí que Mr. Amicis, después de una severa requisitoria contra la poligamia, de la que juzga en un concepto puramente europeo, habla del siguiente modo de la mujer de Oriente: «En general se la respeta con una especie de cortesía caballeresca, y ningún hombre se atrevería á levantar la mano sobre una mujer en medio de la calle, ni un soldado se arriesgaría, aunque estuviese reprimiendo el tumulto de una población, á maltratar á la más insolente de las plebeyas. El marido se porta con su esposa de

(1) ¡ Naturalmente, Mr. Le Bon, naturalmente, porque allí la mujer se compra! Es extraño que el autor no haya visto una cosa tan evidente: la esposa musulmana es siempre una cosa comprada, bajo alguna garantía legal, para divertir al marido y procrear. El concepto moral de la esposa europea es diferente: la esposa aporta el dote, si puede, como auxilio para constituir una nueva familia. ¡ Parece imposible que el autor se haya imbuído de tantas preocupaciones!

(N. del T.)

un modo algo deferente y ceremonioso; la madre es objeto de un culto particular, y no se hallaría hombre capaz de hacer trabajar á una mujer, para sacar partido de su trabajo. El esposo dota á la esposa; la cual no lleva á casa de su marido sino el ajuar de novia y algunas esclavas. En caso de repudio ó de anulación matrimonial, el marido debe dar á la mujer lo que ésta necesita para vivir bien; cuya obligación le im-

pide maltratarla, á fin de que ella no tenga motivos para obtener la separación.»

La única objeción que cabría hacer á la poligamia es que hace sufrir á la mujer; y aunque así se ha sostenido largo tiempo, este aserto es del todo erróneo, pues todos los Europeos que han observado de cerca á los Orientales se hallan conformes en asegurarlo. Aunque Monsieur Ebers se muestra hostil á la poligamia,



Dama turca en traje de calle.—De fotografía

bien que no mucho, á pesar de todo reconoce que no hay por qué compadecer á las musulmanas. «No niego, exclama, que parezcan despreciables á sus hermanas de Europa, pero ellas no se consideran prisioneras, asegurando muchas veces á las europeas que las visitan que por nada del mundo cambiarían su estado por el de ellas.»

Mr. de Vaujany, director de estudios en la escuela lingüística del Cairo, no es menos explícito.

«Las musulmanas, dice, distan mucho de tenerse por desgraciadas con la vida reclusa que les impone el harem: nacidas la mayor parte en su recinto, han crecido en él, ignorando que

existiese para otras personas de su sexo, otra morada y otro modo de vivir preferibles; y consideran de mal tono la libertad de que disfrutan las Europeas. El harem ha sido el lugar de sus juegos infantiles, de sus primeras alegrías y de sus primeros cuidados, y como, según el proverbio, la costumbre es una segunda naturaleza, la vida del harem es la segunda naturaleza de las hijas de Oriente; y acostumbradas á vivir en un círculo, cuyos límites conocen, ni se les ocurre la idea de salir de él. Cuando llega la época de casarse, pasan del harem de su madre al del esposo, donde quedan rodeadas de nuevos placeres, y su corazón, que una educación peligrosa y refinada no ha

sembrado de pasiones agitadas y borrascosas, se contenta con la felicidad que halla. El cuidado con que su esposo la trata hace fácil su dicha; pues todo lo más precioso y rico que un marido posee, lo dedica á su harem, con el deseo de adornar los aposentos de sus mujeres de una suntuosidad brillante, reduciéndose él á vivir en aposentos medianos (1).»

El mismo autor refuta también la opinión generalizada de que las mujeres orientales viven en una crasa ignorancia, asegurando que son más instruidas en general, que las europeas, incluso las de la alta sociedad. «La instrucción, dice, se ha extendido mucho en los harems, donde se ve á muchas señoras y jóvenes hablando y escribiendo el árabe, el francés, inglés y turco. Con frecuencia cuando se juntan en un harem muchas musulmanas de distinción, se comunican en francés.» Pocas, muy pocas parisienses conozco por mi parte, que sean capaces de expresarse correctamente, y aunque sea incorrectamente, en cuatro lenguas.

Tampoco puede ser más evidente que el modo de vivir de las mujeres de Oriente no ha sido nunca obstáculo para su instrucción, una vez que, según hemos dicho, cuando las épocas brillantes de la civilización árabe, el número de mujeres célebres por sus conocimientos literarios y científicos era grande. Los autores que han hablado de la ignorancia de las mujeres de Oriente, han juzgado por esclavas procedentes de comarcas lejanas, y compradas en los bazares que hay en ciertos puntos; lo cual equivale á juzgar de la educación de una gran señora de París examinando á su doncella.

IV

LOS HAREMS EN ORIENTE

La palabra harem es un vocablo general entre los Arabes, é indica todo lugar que es sagrado; de modo que cuando se aplica á una casa, designa la parte más inaccesible, y verdaderamente sagrada para un musulmán, ó sea aquella que ocupan las mujeres.

Los Europeos se forman casi siempre una idea equivocada de los harems de Oriente, imaginándolos como un sitio de lujuria, donde cierto

(1) Toda esta cita de cabo á rabo se vuelve contra Mr. Le Bon, quien en este punto tiene muy mala mano hasta para citar á los autores. El encierro del harem no es ningún mal, dice Mr. Le Bon, porque como las mujeres están acostumbradas á vivir encerradas desde que nacen y las han enseñado á vivir así por su honor, resulta que no hacen caso. (N. del T.)

número de desdichadas prisioneras pasan en el ocio una vida miserable, maldiciendo su suerte.

Ya hemos demostrado hasta qué punto es inexacto. Los Europeos que entran en un harem quedan sorprendidos de hallar á unas mujeres que quieren á su marido, muy atareadas cuidando de sus hijos y de los quehaceres domésticos, y muy contentas de su suerte; las cuales se tendrían por degradadas, si debiesen cambiar su género de vida por el de las europeas. Al contrario, lamentan el de éstas, por estar obligadas á dedicarse á los negocios y á los trabajos manuales, mientras que ellas no se ocupan más que de su familia: existencia para la cual les parece, como al marido, que la mujer ha sido principalmente hecha. Los orientales tienen á los Europeos que obligan á las mujeres á ocuparse en negocios, industria y otros ramos, en tan mal concepto como nosotros á aquellos propietarios de un caballo de raza que lo emplea en tirar de un carro ó en poner en movimiento la rueda de un molino. Según ellos, las mujeres no deben tener otra ocupación que dulcificar la existencia del hombre y educar á la familia, negando que las que se dedican á otras ocupaciones, puedan cumplir medianamente este deber; y como los viajeros no podemos nunca desprendernos del todo de las ideas de los pueblos que hemos visitado, sin duda por este motivo he llegado á adoptar la misma opinión.

Sin embargo, disto mucho de sostener que en los harems no haya más que perfecciones; harto sé que han originado entre los Turcos, particularmente en las grandes ciudades y sobre todo en Constantinopla, abusos muy graves. Las costumbres de los harems de esta capital son hoy en día casi tan ligeras como las de las grandes capitales de Occidente, pues como la influencia de los Europeos y el acrecentamiento del lujo coincidían con el de la pobreza, y todo esto ha aumentado desde la última guerra, las costumbres se han relajado muchísimo, y hay gran número de mujeres, no pocas de las cuales pertenecen á grandes personajes, cuyos favores no es difícil obtener mediante una cantidad entregada á algún intermediario para los eunucos del harem. Con frecuencia ni necesario es tomarse este trabajo, pues en su reciente libro *Thirty years in the harem (Treinta años de harem)* la señora Kilbrizli-Mehemet bajá, esposa de un ex-ministro turco, que pasó su vida en los harems de los grandes personajes, cuenta que las mujeres del sultán Abdul-Medjid

tenían la costumbre de llamar á los transeuntes desde las ventanas del palacio; y como era tradicional hacer estrangular al día siguiente al invitado de la víspera, esas aventuras galantes casi nunca llegaban á saberse. Nazli Hanum, hija de Mehemet Ali, entonces virrey de Egipto, había también contraído, según el mismo autor, la costumbre de hacer matar á todos sus amantes casuales, á pesar de lo cual era muy celosa, pues habiendo un día su difunto marido dicho á una esclava que le servía agua: «Basta, cordero mío» esta sola frase, que alguien contó á la princesa, la sacó de quicio, y la esclava fué degollada por orden suya, su cabeza rellena de arroz, cocida al horno, y presentada al príncipe cuando éste regresó para comer. «Toma un pedazo de tu cordero, toma,» le dijo su esposa. Entonces el marido tiró al suelo la servilleta, se fué, no volvió en mucho tiempo, y dejó de querer á aquella mujer.

He contado los hechos precedentes á fin de que el lector conozca los argumentos que puede invocarse en favor y en contra de la poligamia. Los inconvenientes son particularmente aplicables á los harems de los grandes personajes turcos, donde se urden intrigas mucho más políticas que galantes; pero no se hallan en las familias de las clases medias. Querer juzgar de la vida de los harems por historias análogas á las que he contado sería apreciar el mérito de la monogamia de los Europeos por los escándalos que cada día resuenan en los tribunales, ó la moral del clero por las causas formadas á algunos de sus individuos respecto al olvido de sus votos de castidad. Mis lectores sacarán fácilmente del conjunto de sucesos y opiniones diferentes que he citado la convicción de que la poligamia es una cosa excelente; que el amor á la familia, la moral y el respeto de las buenas costumbres se hallan generalmente más desarrolladas en las naciones polígamas que en las que no lo son; y finalmente que no sólo el islamismo ha levantado de un modo considerable el estado de la mujer, sino que es la primera religión que lo haya hecho. Téngase entendido que la mujer es más respetada en Oriente que en Europa, más instruida y casi siempre más feliz (1).

(1) Por nuestra parte dudamos mucho que el lector haya sacado de todos estos capítulos otra cosa que una gran confusión de ideas, al menos tan considerable como la del mismo autor. Es cierto todo lo que dice respecto al desprecio con que las religiones han tratado á la mujer, excepto la religión mahometana; y aunque Mr. Le Bon no cita al catolicismo, podía citar á todos los Santos Padres de la Iglesia, los cuales se despachan á su gusto contra aquella cubriéndola de desprecios é improperios. También es cierto que el Corán la concede más ventajas hereditarias que los códigos modernos, y que los mahome-

tanos le hablan con una deferencia y urbanidad superiores á las nuestras. Pero todo eso no impide que un padre mahometano considere como una inferioridad y una calamidad el nacimiento de una hija, y que las niñas en el harem y fuera de él sean muy poco estimadas por sus padres y parientes. Todo esto nos consta de un modo bien positivo, y quizás también le consta á Mr. Le Bon; sólo que se le ha quedado en el tintero.

Toda la diferencia que el autor halla en los demás puntos procede de que en Oriente constituye la familia el varón, y en Occidente el varón y la mujer; de cuyo principio se originan una infinidad de costumbres diferentes entre la mujer de un país y la del otro. Bien es verdad que la mayor parte de las musulmanas se consideran más felices que las europeas, pero nada significa esto, una vez que éstas piensan lo contrario de sí mismas y de aquéllas. La concepción que tienen los mahometanos del único empleo que la mujer debe tener en la tierra, á saber, de sus ocupaciones domésticas, es exacta, y si todos los padres y maridos no la comparten en Europa se debe en gran parte á la necesidad que no permite á muchos reducir las ocupaciones de sus esposas é hijas al cuidado de la casa. Sin embargo, es indudable que la mujer mahometana vive más tranquila que la europea. Pero no se debe, como asegura el autor, á la poligamia, sino á la vida social de cada región: lo mismo cabe decir de los hombres. Aunque las mahometanas no imaginen vivir subyugadas y esclavizadas, no por eso es menos cierto que la poligamia mahometana es un yugo y una esclavitud, y la indiferencia de aquellas mujeres significa tan sólo una segunda naturaleza formada por la costumbre.

Es muy singular la teoría del autor acerca de que la poligamia es más moral que el desorden de costumbres que subsiste en Europa. La poligamia no es en resumidas cuentas más que este mismo desorden regularizado por la ley y por la vida doméstica, y considerado por el mahometismo como un orden moral. La inmoralidad se acrecienta con la sanción legal, con la formación de un género de hombres castrados, llamados eunucos, cuya existencia el autor tiene seguramente por útil y plausible, y finalmente con la esclavitud de la esposa. Respecto á la fidelidad conyugal de las mujeres de la clase media mahometana, sin duda es mayor que la de las europeas, pero no constituye una moralidad superior sobre ellas, una vez que no son libres como éstas, y que hasta dentro de sus casas viven bajo la vigilancia de eunucos destinados á no perderlas de vista. La virtud que se practica de este modo no se llama virtud en la moral.

A pesar de esto, podemos asegurar al autor que en Oriente estas mujeres no la hacen que no puedan, y vamos á citarle uno de los ardis más empleados para engañar á sus maridos. Al ir al baño, queda el marido ó el eunuco esperándolas á la puerta; ellas se disfrazan con prendas de una amiga que también está en el baño, y como toda musulmana ha de salir tapada y abultada, pasa impunemente por delante de su centinela, que no la reconoce, va á la cita, regresa, toma su traje, y asunto concluido. Este ardid es muy usado en Siria y Palestina, y suponemos que en otras partes. No sólo la virtud de las mahometanas es más quebradiza que la de las occidentales, sino que no existe, pues entre las mujeres de Oriente no se da importancia á la comunicación de los sexos, y no sólo es facilísimo obtener los favores de una casada ó soltera plebeyas, si pueden ocultarlo, sino que generalmente basta dar una cantidad á los eunucos ó á las viejas, que están encargados, los primeros de la guardia de las mujeres de la clase media y las segundas de acompañar á veces y en determinadas circunstancias á sus hijas, para que éstas entreguen su virginidad y aquéllas sus gracias al hombre que ha dado el dinero. La dificultad para el seductor consiste en ganar al eunuco ó á la vieja: lo demás es pan comido. En Oriente hay mujeres que se dedican á estos negocios. Lo que impide allí la propagación de semejantes usos es en primer lugar la falta de clientes que hay en la mayor parte del mundo musulmán, donde como todos están provistos de mujeres hasta la saciedad, no buscan ni la esposa ni la hija del prójimo; y después la vida encerrada y escondida del sexo femenino. Pero en los centros donde abunda la población europea, los europeos fomentan el ramo de las seductoras, que es tan productivo como fácil. Añadiremos que á pesar de los eunucos y del encierro muchas mujeres musulmanas compensan las privaciones que les impone la poligamia del marido apelando á los buenos oficios de algún esclavo de la casa, mediante regalos al eunuco para que haga la vista gorda; y eso ya es antiguo, pues no sólo Haedo lo consigna en su *Topografía é historia de Argel*, sino que consta oficialmente en la *Información* que Cervantes hizo de su cautiverio. Tanto Cervantes como Haedo están conformes en esto, añadiendo que las esposas mahometanas preferían los favores de los cautivos cristianos, por ser gente más callada. Para concluir diremos también que la despoblación de todos los países mahometanos prueba que es falso lo que el autor asegura, afirmando que la poligamia es favorable al aumento de los habitantes: la estadística demuestra que la poligamia es fatal para el aumento de la raza. (N. del T.)